

Un perro en el piso

—¡Un perro en el piso! —gritaron mi padre y mi madre a la vez.

Parecía que, de repente, se hubieran topado con una serpiente venenosa. Sus ojos se convirtieron en balas de cañón que disparaban contra el perrito, y él era una bola de pelo con unos ojos preciosos que no disparaban contra nadie. Sus caras dejaban ver la irritación. Teníamos un problema grande; aunque será mejor que empiece a explicarlo por el principio...

El bisabuelo Paco —yo le llamo abuelo igual que hace mi madre— estaba sentado junto a la ventana y miraba el brillo del sol en los cristales de los otros edificios. Hacía siglos que el abuelo solo miraba. Había olvidado las palabras.

Aburrida, me fui a merendar al parque.

Un perro pequeño, escondido bajo un banco, se rascaba con una pata como si batiera huevos.

—¿Estás solo? —le pregunté mientras le ofrecía un trocito de jamón.

Me hubiera gustado llevármelo a casa, pero no podía. Recordaba lo que me había dicho mi madre:

—Un perro no es un juguete que se abandona cuando llegan las vacaciones. ¡No, no quiero un perro en el piso! Se lo pasaría mal.

También recordaba lo que me había dicho mi padre:

—Un perro no se puede tener en un piso, molesta a los vecinos con los ladridos, necesita espacio...

Pero ese perrito tenía todo el parque para correr y, aun así, estaba triste.

Jugué con él. Le di más jamón y él quería lamerme la mano. Pero me tuve que ir enseguida. No podía dejar al abuelo solo tanto tiempo. Al llegar al semáforo, miré hacia atrás. Había muchísima gente, ¡pero el perro me seguía a mí!

—¡Vete! No puedo tener un perro —le advertí casi sin voz.

Todavía se me acercó más. Parecía un peluche dorado con los ojos oscuros. Sus orejas eran como mis coletas.



—¿Puedo acompañarte? —me dijo con la cola.

No le contesté y, sin ninguna vergüenza, vino conmigo hasta casa. Junto a la puerta de la escalera, le dije:

—¿Quieres pasar?

Entró tan rápidamente que lo pisé sin querer.

—¡Ay, ay, ay! —se quejó.

Le pasé la mano por la cabeza y me mordió un poco, aunque no sabía aparentar que mordía. Luego lo puse sobre las piernas del abuelo y el abuelo dejó de mirar por la ventana. En ese momento entraron mis padres y fue entonces cuando gritaron histéricos:

—¡Un perro en el piso!

Estuve a punto de decirles “¿Y qué?”, pero solo acaricié al perrito para que no temblara tanto.

—A ver... ¿por qué lo quieres? —gritó mi padre con todas las venas del cuello hinchadas.

—¡Para quererlo mucho! —contesté.

—Recuerda que un perro no es un juguete que cuando quieres juegas y cuando te cansas lo tiras —insistió mi madre.

Y entonces supe que el perrito se quedaría con nosotros.

—Habrá que llevarlo al veterinario

—dijo mi padre, y después se fue a comprar el pan.

Mi madre buscó la bañera azul de cuando yo era pequeña. Lo bañamos. Al principio quería escaparse, pero luego se quedó allí quieto. Mientras mi madre le mojaba la cabeza, yo buscaba un nombre bonito para mi perro.

—Faetón —dije al recordar el cuento en que Faetón era el hijo del Sol.

Le pusimos Faetón, pero él prefiere que le llamemos Ton. Como yo, que me llamo Inmaculada y todos me llaman Inma.

